

Vocación truncada, Amor para siempre

Ahumada

Marzo de 2014

Los pasos firmes y marciales de un oficial de la Comandancia se hicieron más nítidos y sonoros conforme se aproximaba al cuarto donde el Guardia 2º Nicolás Ortigueira presagiaba una resolución dramática, que marcaría en adelante toda su existencia.

La puerta se abrió bruscamente y el Guardia 2º Ortigueira, en un sobresaltado impulso, se incorporó y se cuadró ante el Oficial.

—Guardia 2º Nicolás Ortigueira Valiente: me he molestado en entregarle en mano la resolución del expediente disciplinario incoado contra su persona, por lo que desde este momento, queda **SEPARADO** definitivamente del Cuerpo de la Guardia Civil, por considerarlo **PERJUDICIAL** para dicha Institución, en base a sus probadas muestras de indisciplina, injurias y falta de respeto hacia un superior en particular y a la Benemérita en general, vertidas en su infame escrito. Entrégueme su arma y despójese de su uniforme militar y de todos sus pertrechos. Tiene cinco días para abandonar esta Casa-Cuartel, de la que saldrá vestido con atuendo civil, que deberá proveerse en dicho plazo.

Nicolás Ortigueira —Nico— tuvo una infancia feliz muy corta. No se le permitió disfrutar de una adolescencia formativa, generadora de una juventud que no asimiló, teniendo que sostener con apenas 14 años a una familia dispersa y desarraigada, víctima de la sinrazón, odios, envidias y miserias de la sociedad que le tocó vivir.

Era nieto e hijo de Guardia Civil. A su abuelo apenas lo conoció. A su padre lo adoraba por su justo proceder, serenidad y bondad. Nicolás tenía 13 años cuando asesinaron a su padre.

El hambre, la amargura y la desesperanza minaban día a día las entrañas de su familia, viéndose obligado a robar por las noches frutas y verduras de los huertos, cuando no tenía que amasar en un horno de pan cien kilos de harina por noche, a brazo, para obtener como salario una hogaza de pan tierno.

Se alistó voluntario en el Ejército para tres años, y quitar así “una boca de casa”, incorporándose en una sección de tambores, puesto que, sin haber cumplido los 17 años, no se le permitía formar parte de ninguna compañía de armas.

Como hijo de viuda de guerra y tras superar durísimas pruebas con gran esfuerzo y dedicación, pudo ingresar en el Cuerpo de la Guardia Civil, con 19 años de edad, siendo el Guardia más joven de la Comandancia Rural del Cuerpo a la que pertenecía.

Uno de sus destinos le proporcionó la merecida dicha de conocer a la mujer más alegre y maravillosa que pudo imaginar, con la que compartió los momentos más felices y amargos de su vida, desde su juventud atormentada hasta el último aliento en su sosegada vejez.

Le enamoró el porte de una moza del pueblo, alegre, de ojos expresivos y chispeantes, resuelta, prudente, sencilla y muy guapa. Cantaba como los ángeles en el coro de la Iglesia. Era muy religiosa, no beata, en cuyo seno familiar, de carácter conservador, no faltaba de casi nada hasta que todo se lo robaron.

Nicolás era muy alto y delgado y su figura quedaba realzada con el uniforme hecho a medida, de la mejor tela, con su tricornio acharolado impoluto, su capa al viento y las botas con polainas, relucientes como un espejo. Por donde pasaba Nico, una sinfonía de murmullos y más de un suspiro de mocitas en edad de merecer, impregnaba el ambiente, al tiempo que ponían al descubierto envidias, odios y miserias de aquella sociedad inculta, atormentada y, sobre todo, aterrorizada, capaz de todo a cambio de salvar el pellejo.

Fijada la fecha de la boda con su eterna novia Gloria, solicitó el preceptivo permiso de matrimonio, requisito tipificado por el Régimen Interior del Cuerpo de la Guardia Civil. Dicha solicitud debía contener los datos personales de la futura esposa, nombre de sus padres y su procedencia, calidad de su residencia, y del resto de los miembros de la unidad familiar.

Transcurría el tiempo sin obtener la ansiada respuesta a la solicitud de contraer matrimonio, permaneciendo Nicolás en un estado de ánimo airado y encolerizado, rondando en su interior negros fantasmas.

La información confidencial de un compañero y amigo puso en conocimiento de Nicolás los motivos de la tardanza en obtener tan ansiado permiso.

“El Guardia 2º, Nicolás Ortigueira Valiente,... queda por la presente comunicación, **AUTORIZADO** a contraer matrimonio con la vecina Gloria Victoria... Viniendo a disponer que por ser los miembros de la futura desposada **DESAFECTOS** al Régimen, y otras determinadas cualidades morales puestas en entredicho, les queda terminantemente **PROHIBIDO**, a los familiares de la futura desposada Gloria Victoria y a cuantos unidos a ella por grado de parentesco o relación de consanguinidad, el acceso, visita y permanencia en las Casas-Cuartel, donde, en el presente o en el futuro, pudiera estar destinado el Guardia 2º anteriormente mencionado, quedando hecha la oportuna anotación en su Hoja de Servicios. Año 1943”.

Los sentidos de Nicolás parecían negarse a tomar en consideración nada de cuanto estaba oyendo, apoderándose en él la rabia, la boca seca, zumbándole los oídos, tratando de tragarse el revoltijo de bilis que le producía oír tanta injuria y agravio ignominioso hacia la familia de su novia.

Sintió de inmediato, con infinita nostalgia, la ausencia del hombre que con su sosegado consejo hubiera sabido llenar el vacío abierto en sus entrañas. Le faltó la sombra y la influyente serenidad que siempre le proporcionó su padre.

Ofendida la dignidad de su novia, su Norte, y puesta en entredicho la honra y fama de sus padres, su exceso de juventud, su mente calenturienta, la noble rebeldía innata en él y su orgullo mancillado le condujo a cometer el error de su vida —así calificado por él mismo en los primeros momentos de zozobra— redactando una carta dirigida a la Comandancia del Puesto de la Guardia Civil de la localidad, donde su responsable había orquestado, por odios y envidias, tamaña infamia.

En aquellos momentos, por su corta experiencia, creyó que su orgullo estaba más que justificado, obrando consecuentemente fiel a sus principios.

Siempre consideró, hasta el fin de sus días que, cuando la modestia es artificiosa, resulta perjudicial.

Quedar privado de su apasionada vocación de Guardia Civil, le impedía, asimismo, ejercer su personalidad ya que, desde el mismo momento de sentirse cesado, dejó de ser porque dejó de hacer.

En su misiva puso en entredicho la nula dignidad y ecuanimidad del Comandante del Puesto al aceptar como fidedignas, sin contrastar opiniones aportadas por otras voces, sucesos delictivos muy politizados acaecidos en el pueblo que, por un miserable desquite vengativo en represalia ciega, fueron achacados a dos hermanos de la novia de Nicolás, totalmente infundados, como finalmente se demostró, pero que a Nicolás le truncó para siempre su apasionada vocación militar.

Se atrevió a denunciar lo sabido y consentido en el pueblo: el indigno y “chanchullero” comportamiento del susodicho destinatario, aceptando “favores” de ciertas mujeres de vida “airada” que, por supuesto, acostumbraban a bendecir la mesa y rezar en público, adornándose con escapularios colgados del cuello.

Finalmente le vaticinó al Comandante del Puesto que su silenciado y soterrado concubinato, pronto quedaría convertido en ridícula y extravagante noticia conocida en todo el ámbito local. Así fue y en el consiguiente proceso incoado contra Nicolás Ortigueira Valiente, no fueron desestimados los hechos acusatorios descritos en la carta, cuyo veredicto final supuso también para el Comandante del Puesto, un traslado forzoso a un lugar lejano, fuera de la región.

La vida de Nicolás, de este hombre traumatizado, fue adaptándose a su nueva situación. Tenía 21 años cuando abandonó la Casa-Cuartel de la Guardia Civil, vestido de paisano. Se tambaleó pero nunca cayó, apoyándose en el infinito amor hacia su novia quien supo, a su vez, corresponderle con inmensa gratitud, admiración y el mismo amor durante su larga vida en común, con una dedicación y entrega dignas de un dios.

No le faltaron a Nicolás muestras de apoyo y ofrecimientos de trabajo de personas honestas y ecuanímes, sabedoras de los valores de honradez, bondad y justicia, siempre atesorados por Nico.

Se empeñó y consiguió no retrasar la fecha de la boda, a pesar de las sangrantes adversidades sufridas, emprendiendo juntos una larga singladura de vida sosegada y feliz.

Desarrolló su trabajo con perfección y minuciosidad —tan características en él— con total entrega y excesivo sentido de la responsabilidad, que le valieron numerosos elogios y reconocimientos de sus jefes.

Por la dedicación y afecto hacia su trabajo, nadie descubrió que su profesión no era vocacional, mostrándose atento y siempre con exquisito respeto y consideración hacia sus compañeros y superiores.

Durante mucho tiempo creyó que aquel arrebató juvenil le había costado muy caro, si bien nunca se arrepintió. Mas al contrario, en el transcurso del resto de su vida, el amor mutuo de esa pareja, noble, sincero y enriquecedor, superó con creces el amargo y sinuoso camino para alcanzarlo.

No obstante, siempre le invadieron momentos para la nostalgia, por el recuerdo hacia su padre y por una **vocación truncada**, sumiéndose a veces en la duda sobre la existencia de la dignidad humana.

En ese interrogante sin contestación trató de hallar durante mucho tiempo un resquicio favorable que le permitiera considerar que sus acciones y merecimientos resultantes habían sido obtenidos con dignidad.

Nunca supo llegar a ese convencimiento.